

EL CUERPO: DULCE CARCEL DE NARCISO

El cuerpo, esa dimensión que necesariamente integra lo que somos y lo que pensamos de nosotros mismos, y por la que estamos instalados en el mundo y nos relacionamos con el otro, ha dejado de ser lo que era hace apenas unas décadas. Ninguna civilización antes de la contemporánea, ni siquiera la espartana antigua ha concedido tanta atención, ocupación, preocupación, tiempo y dinero al cuerpo, la salud, la línea estética, la alimentación sana, la sensación de juventud física, el deporte, los placeres íntimos...

EL NUEVO CONSENSO

El recuerdo de la feligresía que se daba cita en la mañanera misa dominical ha cedido el paso al espectáculo del éxodo de masas hacia el footing, la caminata de montaña, el ciclismo y esa mezcla de al-piste, miel y hierbas que es la “alimentación natural”. Adiós a las terapias duras e invasivas... se abren las puertas a todo lo que se ofrece como “alternativo” y “light”: plástica, energética, homeopática, naturista. Gimnasios, “spas”, centros de rehabilitación y energización son los referentes sociales de la gente “in”. Y olvídese de la crisis.

Un tercio del espacio publicitario de las revistas dominicales insertas se destina a mercadear la salud, la belleza, los placeres íntimos... y un largo etcétera, prometiendo “el placer de un cuerpo en forma, una salud inmejorable y un sentimiento de éxito total... dieta, dieta, dieta”, “curación de la calvicie con tratamiento natural”, “sea bella, joven y glamurosa a cualquier edad...

El cuerpo, la carne, el juego de la seducción, los placeres sensuales de la intimidad... ya no son objeto de pudor, de reserva ni de sospecha culpabilista. Aquella idea según la cual en el cuerpo residía la fuente de la concupiscencia pecaminosa ya es un objeto de enciclopedia polvorienta. Desde la pasta de dientes hasta los paquetes turísticos son promocionados en clave de seducción, de deseo sensual, de voluptuosidades, de autoestima, de “placer integral”... Un fenómeno “que da de comer a una pléyade de terapeutas energéticos y alimenta una bulimia constante y sonante de cursillos de desarrollo personal al por mayor, con una profusión de charlatanes que traducen viejos manuales al estilo del día, y venden emociones místicas de cualquier forma”. En vano buscaremos en los espacios públicos actuales la huella de veinticinco siglos de la historia del desprecio platónico por el cuerpo.

Mikel de Viana

ADIÓS A LA FELICIDAD VIRTUOSA, BIENVENIDO EL BIENESTAR CONSUMISTA

Decía Aristóteles que “la felicidad es aquello cuya posesión sola hace deseable la vida” y “que es lo más deseable de todo, sin que admita añadidos”, el mayor de todos los bienes. Hasta aquí, casi todos de acuerdo. El problema estaba en saber en qué consiste. Por siglos, la cultura occidental modelada por el cristianismo, estuvo convencida de que la felicidad consiste en vivir virtuosamente en este mundo y gozar de Dios en el venidero; que la felicidad era el resultado del hacernos virtuosos, es decir, de cumplir con el deber inscrito en el propio ser.

El espíritu secularizador de la modernidad capitalista alteró el consenso: No sabemos si hay otro mundo, sabemos de éste, que es el mercantil. La felicidad — mejor dicho, el bienestar— se alcanza mediante la riqueza y la libertad. El ingrediente de la riqueza se traduce concretamente en la expansión del consumo. El de la libertad, con un itinerario más complejo, se asoció a la retórica de la dignidad humana, expresada en las formas políticas democráticas.

La “felicidad” ha terminado convirtiéndose en un derecho individual subjetivo, “mi derecho a ser feliz, caiga quien caiga”, y el contenido de ese “derecho” es el bienestar que puede producir el consumo (incluso el de “energía” y “espiritualidad”, que también se compran). ¡Sí señor, un derecho —no un deber— e individual/subjetivo. El nuevo consenso.

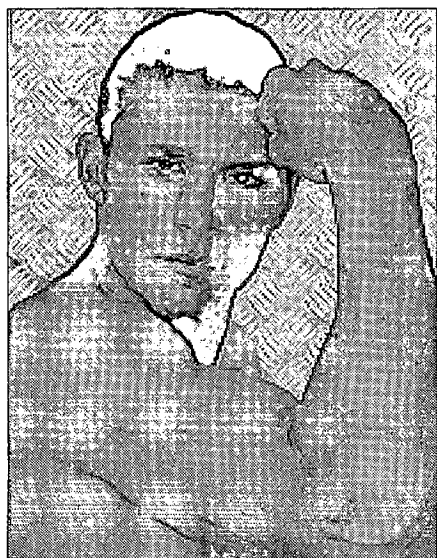
EL VIAJE AL MISMO LUGAR

La modernidad se encargó de desmantelar la felicidad del más allá y la virtud del más acá, poniendo al bienestar consumista, individualista y subjetivista al alcance del mercado. Habrá quien diga que se trata del bienestar de los que alcanzaban al mercado, y con razón. Pero donde logró el éxito total fue en llenar de contenido la noción de futuro: la utopía del progreso y el desarrollo. La Historia tenía dirección y sentido, el futuro era el

progreso; más y mejor; avance y ascenso ilimitados. De la barbarie ignorante, de la miseria económica y de la esclavitud, al bienestar por el progreso. Cuestión de tiempo: más tarde o más temprano, gracias a la producción, la democracia, la técnica y la ciencia, todos podríamos acceder al bienestar. Y en esto no había diferencias importantes entre los campos capitalista y socialista.

Pero se trancó el serrucho. Los primeros alertas los daba en los años sesenta el Círculo de Roma: el progreso material no es ilimitado, el planeta y sus recursos son la restricción material a la utopía desarrollista-progresista. No da para que todos vivamos el bienestar prometido. Se cuadraron las arepas y al final nos rompieron el budare: las sociedades ricas del norte no son "felices", están incómodas dentro de su propio pellejo, tanto nadar para ahogarse en la orilla; para sorpresa de analistas y pronosticadores, el socialismo se derrumbó como castillo de naipes de la noche a la mañana; y en el tercer mundo no hubo un solo plan de desarrollo socioeconómico exitoso.

¡Tanta ciencia, tanta técnica y tantas instituciones para semejante desencanto! Aquí hay un nuevo consenso: el progreso es una ilusión; mejor dicho, un fraude. Y el futuro en el mejor de los casos es más de lo mismo, repetición del presente. Por ahí hay una camada de filósofos a



quienes llaman "postmodernos", que explican este nuevo consenso diciendo que hemos llegado al final de la historia. Pero no por alcanzar su meta o su momento apical, sino por descubrir su fraude: la historia no existe, es una especie de rompecabezas en el que se hace violencia a las piezas, empeñados en hacer calzar la idea de bienestar mediante la tenaza del progreso. Las piezas de la realidad no calzan en el rompecabezas de la historia, porque entre ellas son inconexas y no dan lugar a ningún "proceso unitario". En lugar de "una Historia" existen innumerables y caóticas biografías individuales.

Curioso, porque si no hay proceso histórico unitario, tampoco hay mapas de ruta para el gran viaje. Si no sabemos hacia dónde vamos, o no vamos a ningún lugar, tampoco podemos tener criterios para saber qué debemos hacer. No hay deudas con el pasado ni obligaciones con el futuro; se vive el ahora y en cada momento se decide el rumbo. Si hay una ética colectiva, está herida de muerte. Y en su lugar, queda la estética.

Y NARCISO SACO LA CEDULA: EGOBUILDING

Muerto el futuro, ahora de lo que se trata es de "vivir el presente" sin "darse mala vida" con exigencias morales del porvenir o de la colectividad. ¡Si no vamos hacia adelante, vamos hacia dentro, retornemos al yo, a lo privado, a la intimidad!

En ese retorno se encuentran desde el hedonista desenfadado, hasta quienes con un halo nostálgico dicen: "tú no puedes cambiar al mundo, lo único que puedes cambiar es a ti mismo". "Ocupate de ti", es la consigna. Por eso, la salud, la terapia, la autoayuda, las técnicas del placer erótico, la autoestima, el bienestar y el placer para ya, están al orden del día. Es temporada alta para el narcisismo.

El menú de actividades físicas de resistencia se multiplica, pero nada se dice de robustecer la voluntad y la libertad para ser virtuosos. Los individuos corren, juegan, compiten y se entrenan para sí mismos, para conservarse en línea. Cuando se compete con otros es para la

autoafirmación narcisista. Hasta los deportes de equipo derivan hacia el estrellato individual.

MUCHA INFORMACION PARA LA AMORALIZACION

Los medios de comunicación masivos hacen una decisiva contribución al vaciamiento de los criterios éticos. La información pretende mostrar la realidad tal y como es, en pleno desarrollo, a una velocidad inalcanzable. El contenido son los hechos concretos. Se desconocen los valores morales y se imponen los "valores técnicos": imparcialidad, objetividad, inmediatez. Su dogma es decirlo todo, visualizarlo todo, reseñar todos los puntos de vista "con neutralidad", y hacerlo "en tiempo real", en "vivo y directo". El juicio moral queda excluido por principio. El periodismo de opinión día a día retrocede apabullado por el "peridismo informativo". Los medios de comunicación nos restriegan las miserias humanas y al mismo tiempo disuelven el sentido de responsabilidad personal y la posibilidad de culpa.

En verdad, lo que transmiten los medios masivos no es "la realidad", sino un espectáculo hiper-realista dirigido a despertar emociones lo más intensas y fugaces que sea posible, y en el que los datos y las imágenes se multiplican aceleradamente en un producto que integra sensacionalismo y "objetividad". El ritmo de exposición no coincide con el de los procesos cognitivos y apreciativos de la conciencia humana, de modo que no es posible "captar lo real" y mucho menos valorarlo moralmente; y la consecuencia subjetiva es una mezcla de estrés angustioso y diversión.

Este encapsulamiento comunicacional hace un aporte decisivo a la configuración de las imágenes del mundo, de la vida, del cuerpo y de la muerte en términos pre-morales o a-morales: el nuevo consenso.

EL MORALISMO DE PAPEL

Engorda una retórica moralista contra la corrupción, la violencia, las drogas, el tabaco, la contaminación, etc... Todo el

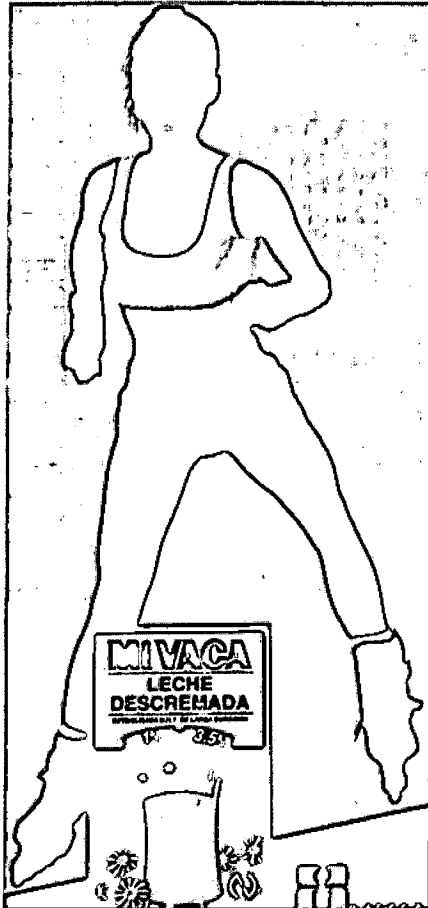
mundo —incluso los vagabundos más redomados— habla de “valores éticos y morales” en medio de una sociedad que no está dispuesta a renunciar a su horizonte vital, el del bienestar consumista, hedonista, narcisista y “light”.

Freud decía que “el paso del principio del placer al principio de realidad es uno de los programas más importantes del desarrollo del yo”; y ese paso se produce mediante la renuncia a la satisfacción inmediata del deseo, el diferimiento de las satisfacciones, la renuncia a ciertas fuentes de placer y la aceptación y resistencia frente al dolor inevitable. Todo eso es cancelado por el bienestar “light”. Presenciamos el conato de establecer el imperio del deseo satisfecho con el placer inmediato. Al no existir criterios para distinguir el bien del mal, como todo es neutro o indiferente y la única pauta es la propia satisfacción, toda renuncia, toda barrera y toda prohibición pierden sentido: prohibido prohibir. El bienestar escamotea el deber moral, la seducción pisotea a la obligación. Ni pensar en someter al deseo, de lo que se trata es de exacerbarlo y desculpabilizarlo. Prolongar y embellecer la vida, no cambiarla.

El Narciso consumista y hedonista de nuestra cultura, instalado en su cuerpo sensual y premoral, no puede llegar a eso que se llamaba adultez. Y, lo que es peor, no puede ser feliz. La realidad dura sigue ahí.

LA TECNICA-ESTETICA EN LUGAR DE LA ETICA

Pero que nadie se llame a engaño: no estamos ante un mundo groseramente hedonista y caótico, carente de normas y controles. La civilización del bienestar “light” no se sostiene sin un angustioso código estético-técnico —¡no moral!— del cuerpo bello, sano y joven: conservar la línea, luchar contra las arrugas y los cauchitos, alimentación sana, bronceado, relajación. “No se te ocurra dejar los aeróbicos, porque ahí mismo engordas”. En este mundo no caben los feos, los enfermos, los gordos, los fumadores, ni los viejos. El nuevo consenso moral no sólo es consumista, hedonista y narcisista...



además es constructivista, “proactivo” y “sinérgico”, como dicen ahora. Si la visión tradicional del hombre producía angustia culpabilizante, la visión actual del bienestar produce angustia estresante y vacío interior.

Espejos, tallas, pesos y look han sustituido al examen de conciencia. Nadie habla de controlar las pasiones, sino el peso; no se habla de alcanzar la sabiduría, sino de la “gerencia de calidad integral del propio cuerpo”. Y, mientras nos cantan el himno de la libertad, nos someten al despiadado control social de las normas técnico-estéticas del look admirable. Crece la ilusión de la libertad subjetiva en función del incremento del control social, que al presentarse como defensor de los intereses individuales puede atezar hasta los rincones del desodorante íntimo. Y todo con la complacida anuencia de la “happy and beautiful people”.

El nuevo consenso acerca del cuerpo nada tiene que ver con la dejadez y el abandono; en cambio, mucho con la “optimización de la gestión de uno mismo” y bolserías semejantes, que pegan de maravilla en un país en el que todo el

mundo cree que es parte —o quiere ser— de la generación de “jóvenes gerentes líderes”, otra bolsería que no cabe en un saco. No es el consumo ni el placer en bruto, sino gerenciados en la matriz de la calidad de vida.

LA ESQUIZOFRENIA HAPPY

Pero mirándolo bien, ésta es una cara de la medalla, porque la otra es el avance de las infecciones, la ruina de los hospitales, la resurrección de epidemias derrotadas hace décadas, la precocidad de uno de cada cinco embarazos, la desaparición de la medicina social preventiva, la bancarrota del seguro social, la marginalidad y el hambre de dos tercios de los conciudadanos.

La cultura de lo bello, sano, joven y natural, asienta sus duritas posaderas sobre el empobrecimiento colectivo, lo feo, lo enfermo, lo viejo y lo artificialmente creado por la injusticia. En las sociedades desarrolladas, envejecidas y osteoporóticas hay furia de calidad de vida... y en nuestros barrios las niñas calzan timberland y llevan pantaloncitos que dejan ver el hombliguito y el filito de la nalga —y se los compró mamá—, mientras los malandros se anotan en el maratón de la Policía Metropolitana. Vida sana para todo el mundo.

En pocas palabras: más de lo mismo. Que en el mundo del bienestar sano, bello y natural caben los de siempre, los que antes se llamaban ricos y ahora son happy & beautiful people, y están excluidos los de siempre. Aunque como antes y como siempre, los excluidos no saben qué ofrecer para entrar.

LA FICCIÓN ESPIRITUAL

Toda la exasperación del cuerpo dominante, finalmente se acompaña de un blando y rudimentario lenguaje “espiritualizante”: mucho de “fuerza interior”, mucho de “energía”, mucho de “espiritualidad”, pero nada de verdadera trascendencia. Porque la trascendencia es precisamente, la puerta por la que se accede desde el propio ser, sin perderlo, a lo realmente otro y al totalmente Otro. De eso, nada; pero mucha cháchara fofa

en un híbrido de orientalismo y cibernética.

Y de superación del dualismo, tampoco. El recurrente discurso acerca de “mi parte material y mi parte espiritual” evidencia que el dualismo no se ha superado. El hombre no es un rompecabezas de dos piezas, sino una única realidad. “Le inspiró Dios en el rostro aliento de vida, y así el hombre fue ser viviente”, ser animado. No es que a un “cuerpo material” se le introduce un “alma espiritual”, sino que el hombre es animado.

Por contaminación platónica, la interpretación occidental cristiana a lo largo de la historia ha sido ajena a la Revelación. Los teólogos y el Magisterio, desde la Edad Media, habían formulado una doctrina unitaria acerca del hombre (Tomás de Aquino, Gilbert de la Porrée, Concilio de Vienne, s. XIV), pero la predicación, la pastoral, la ascética y la devoción tenazmente han mantenido hasta hoy la visión dualista enemistada con el cuerpo.

Se ha dicho, por ejemplo, que la semejanza de Dios en el hombre, es la esencia espiritual, la personalidad, el libre albedrío. Pero lo que dice la Biblia es mucho más sencillo: que Dios creó al hombre como su interlocutor con quien pudiera hablar y él responderle. Dicho técnicamente: que el hombre está llamado a la trascendencia, a existir plenamente yendo más allá de su instalación corpórea en el mundo. Unitario, natural y trascendente, que sólo llega a su plenitud por el cumplimiento de su vocación sobrenatural. “Sólo cuando la persona se sitúa en un radical descentramiento respecto a sí misma para referirse a Dios como centro y sentido de su existencia, encuentra, paradójicamente, su sentido y su libertad”.

UN PASO MAS ALLA

Pero la contemporánea cultura de la exasperación corporal no conoce la trascendencia. El hombre encierra un misterio. Y eso no significa que sea un laberinto indescifrable, ni objeto de magia o brujería. Significa que siendo cuerpo es persona, vida animada, sensibilidad, en-

tendimiento, amor y libertad, que no se agota en su despliegue natural en el mundo. Y bloquear la puerta de la trascendencia es privarlo de su condición de persona, de su trascendencia. El cuerpo es el lugar de encuentro con Dios, con el otro y conmigo mismo, y en él se revela la persona. Por todo esto, el cuerpo no es un fin ni un absoluto, sino que está al servicio de la persona abierta a Dios y a los demás. Y aquí se aplica la máxima de Ignacio de Loyola: “en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados”.

El hombre llega a ser persona en plenitud cuando, trascendiéndose, saliendo de sí, pone su centro fuera. Pero no en cualquier lugar, sino en el totalmente Otro, en Dios, que le dirige una Palabra que espera respuesta. El hombre y Dios permanecen distintos a pesar de su semejanza. De este modo, es impensable una con-fusión entre Dios y el hombre, que olvide la radical alteridad de Uno y otro. Y sin embargo, Dios ha querido que el hombre sea su imagen y semejanza, y viva en diálogo con Él. En este hecho reconocemos la posibilidad de una relación con Dios según una justa distancia: ni la indiferenciación por la que el hombre dejaría de ser hombre o Dios dejaría de ser Dios; ni el abismo, como si la Alteridad de Dios hiciera imposible existir en una alianza amorosa. Y aquí ponemos los cristianos el fundamento y modelo de toda relación interhumana: una alianza amorosa que respeta la justa distancia de la alteridad, que acepta, respeta y ama la diferencia sin querer eliminarla por la superficialidad o por la dominación.

ABRIENDO LA CARCEL DE NARCISO

Y el hombre trasciende su cápsula narcisista cuando pone su centro no en su cuerpo privado, sino en el cuerpo colectivo, en la construcción histórica de la

humanidad. La doctrina del pecado original, tan difícil de comprender, que afirma nuestra natural y consanguínea solidaridad en el mal, esconde precisamente la exigencia de asociarse solidariamente en la construcción de un cuerpo social plenamente humano.

Cuando entro en relación con otro, se plantea una tensión entre revelarme y replegarme reservadamente sobre mí, tutelando mi intimidad. El cuerpo es el espacio del encuentro y el medio de revelación; por eso, la tutela de mi existencia personal, que no puede ser disuelta, se extiende interpretativamente hasta mi cuerpo y es lo que se llama “pudor”, aunque en nuestros días suene a especie de dinosaurios extinta. El pudor implica el rechazo a presentarse al otro y ponerse a su disposición como mera corporeidad sin velos ni misterios. Es una invitación al otro a que no me reduzca a mera corporeidad y a que intente ver tras el velo que impide la plena revelación del ser. Dice Mounier que el pudor expresa el hecho de que mi naturaleza corpórea social objetiva y mi existencia no son idénticas. Ofrecerse al otro como mera corporeidad, impudicamente, significa renunciar a ser persona y hacerse aceptar como mero objeto.

La falta de pudor acepta la renuncia a buscar más allá de las apariencias exteriores la interioridad de la vida personal, la riqueza que se lleva dentro, que gracias al velo de la corporeidad se puede intuir y se puede ayudar a comprender. El polo opuesto, una exagerada reserva corresponde a un sustancial rechazo del propio cuerpo. Ambos extremos rompen el equilibrio entre la persona y el cuerpo, creando las condiciones para la disolución de la vida personal.

Ciertamente, aquella visión del hombre dualista y enemistada con el cuerpo era insostenible, pero el nuevo consenso propugnado a fin de siglo por todos los medios es inaguantable: una dulce e insufrible prisión. □

Mikel de Viana es jesuita, sociólogo y teólogo moral, profesor de la UCAB.